

ción católica. No podemos, empero, sino lamentar que la autora no haya dedicado algún apartado en donde profundizara sobre la relación entre ciencia moderna y religión en el pensamiento de los criollos ilustrados.

Desde luego, las demandas tradicionales de los criollos vuelven a aparecer, pero desde una nueva perspectiva. Yano se trata sólo de debatir con la corte sobre el trato poco equitativo a los criollos, sino incluso de afrontar los primeros argumentos sobre la inferioridad americana que aparecen en Europa. Una discusión que la autora aborda en el quinto y último capítulo de su trabajo, en el que aparece además el tema fundamental de la defensa, hecha en el mismo terreno que en el de los ilustrados europeos, contribuyó a la formación de “un sentimiento de pertenencia a una comunidad” —¿una nación?—, que se difundió también a través del *Mercurio Peruano*. Los criollos ilustrados abandonaban el patriotismo estrictamente urbano de sus antecesores para hacer descripciones de territorios más amplios, apropiándose así de un espacio en el que proyectaban sus preocupaciones por la modernización, pero en el que deben afrontar directamente la fuerza de la tradición inca, cuya memoria, bien lo muestra la autora cuando aborda el tema de las rebeliones de la época, que tuvo un peso fundamental en el reino peruano en la construcción de dos de los conceptos fundamentales que discutían los ilustrados hispánicos: nación y patria. Los criollos peruanos prefirieron el lenguaje del patriotismo al de “un solo cuerpo de nación”, que la autora retoma de los estudios de las Luces peninsulares. La autora nos muestra que este tema, el de la igualdad, fue también el límite de las críticas de los ilustrados, críticas por otra

parte más de carácter moral que político, al régimen monárquico.

En fin, la obra concluye con una recapitulación que, además de matizar la división entre los ilustrados y sus opositores, reitera la transformación cultural más importante del siglo, la del patriotismo urbano en un nuevo patriotismo, identificado con una definición más amplia del territorio, pero limitado por la incapacidad de imaginar un “solo cuerpo de nación”.

David Carbajal López
UNIVERSIDAD DE PARÍS I
PANTEÓN-SORBONA

Antonio Ibarra y Guillermina del Valle Pavón (coords.), *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español, siglos XVII a XIX*, Instituto Mora/Facultad de Economía-UNAM, México 2007, 340 pp.

Quienes de alguna manera, como el que escribe, forman parte del mundo de la edición de publicaciones académicas, saben que en la investigación en ciencias sociales y humanidades no es usual encontrar libros colectivos donde la claridad y uniformidad en sentido y objetivos no signifiquen la pérdida de la riqueza de enfoques presente en un muy diverso grupo de estudiosos. Con frecuencia esta clase de libros son el resultado de convocatorias abiertas, como las que dan lugar a coloquios y congresos en donde naturalmente se da cabida a una multitud de remáticas y metodologías, lo que se refleja bien en el prodigioso tamaño y peso que el resultado impreso llega a alcanzar. Se trata de publicaciones de indudable riqueza, pero en las que no siempre se encuentra el hilo

de una reflexión conjunta acerca de esas cuestiones profundas que los investigadores, trabajando cada uno desde su propia parcela, se descubren tarde o temprano compartiendo con colegas cuyos intereses creían distantes.

Por fortuna, *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español, siglos XVII a XIX*, volumen colectivo coordinado por Antonio Ibarra (División de Estudios de Posgrado-Facultad de Economía-UNAM) y Guillermina del Valle Pavón (Instituto Mora), está lejos de ser el producto de una convocatoria circunstancial. Detrás de este libro se encuentra el trabajo de un grupo de investigadores que a lo largo de poco más de una década, en distintos seminarios, reuniones académicas y publicaciones individuales y colectivas, han abordado de manera conjunta y novedosa el estudio de las instituciones comerciales del imperio español durante la edad moderna. Aunque los mercados y su actividad dentro de ese marco temporal y espacial habían sido desde mucho tiempo atrás objeto de la atención de los historiadores, había faltado siempre a esas investigaciones una perspectiva que reuniera el conocimiento sintético de los grandes ejes articuladores del mundo atlántico con el de los efectos profundos que en cada rincón de esa vasta monarquía había tenido su inclusión en la primera plataforma históricamente conocida de la globalización. Se carecía igualmente —y no debe resultar extraño, pues este ha sido un mal común de la investigación americanista durante mucho tiempo—, de una revisión de estos procesos, no desde la óptica tradicional que privilegiaba siempre a la metrópoli europea como centro integrador y creador de estos lazos, sino desde el mismo terreno americano, de los acto-

res locales sin cuya activa participación no hubiera sido posible sostener durante tres siglos la existencia de una monarquía en tres continentes. Hoy, gracias al trabajo reciente y constante de historiadores como los que colaboran en este libro, y de otros destacados cultivadores de esta área de la historia económica mexicana, esta situación está cambiando y hallando eco incluso en la historiografía producida desde otros países.

Ahora bien, si *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español* resulta ser una nueva entrega de esta ya larga y fructífera experiencia en el replanteamiento de la historia del comercio, de los comerciantes y de sus formas de organización económica y social, también es cierto que es consecuencia de una muy interesante incursión, casi se diría aventura, de estos autores en el territorio de una veta metodológica de introducción relativamente reciente en nuestra historiografía: el estudio de las redes sociales. Como antecedente, es necesario referir que desde hace tres décadas, del otro lado del Atlántico, un grupo de estudiosos de la historia del imperio español, consolidado en torno a Jean Pierre Dedieu, introdujeron al análisis de ese difícil objeto de trabajo una serie de categorías provenientes de la sociología y la antropología. Convencidos de que la historia de las instituciones, en su modalidad más tradicional, no era capaz de dar cuenta de la riqueza y complejidad del andamiaje que sostenía esa monarquía, se centraron en el estudio prosopográfico de grupos de individuos de diferente condición y estado, pero ligados a redes de circulación de bienes y servicios materiales e inmateriales, e incluso de ideas. De esa forma se analizó el papel del parentesco, el paisanaje, el co-

mercio o la pertenencia a grupos devocionales y profesionales en la conformación de dichas redes, en la consolidación de elites económicas y políticas, y en la peculiar configuración institucional de la monarquía española. Con no poca ambición, el estudio de las redes sociales ha dado pasos interesantes respecto a la indagación de las motivaciones que influyen en las decisiones de grupos e individuos y que determinan su éxito o fracaso social, e inclusive de las condicionantes que inconscientemente pueden regir la conducta de estos actores históricos.

La adopción del análisis relacional implica, desde luego, las perspectivas poco comunes de la sociedad colonial: así resulta, por ejemplo, que contra lo tradicionalmente aceptado, la horizontalidad puede ser tan importante como la verticalidad en la definición de los tratos entre grupos e individuos. Por lo que se refiere a los instrumentos de trabajo, la aplicación de herramientas informáticas ha tenido un papel importante en el desarrollo de estos estudios, facilitando la creación de bases de datos que permiten la sistematización e intercambio de información acerca de las relaciones entre, literalmente, miles de individuos. La aplicación consecuente de estos instrumentos ha permitido proponer una cuantificación aproximada de la importancia relativa de los individuos dentro de las redes sociales, y la demostración visual a través de impresionantes gráficas de relaciones de los resultados de estas investigaciones. No puede escapárseles que aquí se presenta, una vez más, la posibilidad de debatir acerca de la antigua aspiración epistemológica de las ciencias sociales para expresarse mediante un lenguaje semejante al de las ciencias llamadas "exactas" o físico-mate-

máticas; pero sobre este punto volveré más adelante.

Ahora examinemos cómo los autores de *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español*, interesados en la aplicación de esta perspectiva en su terreno de investigación, han hecho suyos algunos de sus principales postulados teóricos y metodológicos. De entrada puede decirse que su incursión en las redes sociales dista mucho de ser una aplicación mecánica o acrítica de estos principios. Más bien podría hablarse del libro como un diálogo entre historiadores americanos y europeos, y entre estudiosos no sólo de distintas posturas, sino de regiones distantes del imperio español. Así se cuenta con la participación de Renate Pieper y Philipp Lesiak, quienes a través de los asentistas del azogue estudian redes comerciales extendidas entre Europa Central y las terminales de la Carrera de Indias a principios del siglo XVII; de Concepción Gavira Márquez, quien revisa la trayectoria de una familia montañesa en el comercio entre Cádiz y América del Sur en el siglo XVIII; de Luis Alonso Álvarez, que nos traslada a las islas Filipinas y examina el impacto de las reformas borbónicas en las estructuras de la economía local; y a Roberto Kraselsky, interesado en las Juntas de Comercio como representación de los mercaderes del Río de la Plata en un peculiar momento de expansión de su influencia y poder en el ámbito regional, paralelo a la crisis de la monarquía a fines del siglo XVIII.

Por su lado, los colaboradores mexicanos tratan un variado espectro de temas, entre los que se reconocen, aunque a través de diferente cristal, algunos que se han cultivado provechosamente a lo largo de los últimos años. Muchos se decantan ha-

cia las peripecias de la historia regional, como María Teresa Huerta, que analiza las estrategias de penetración en la economía norteña de Nueva España del grupo de mercaderes de plata de la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo XVII; Antonio García de León, quien nos proporciona una apasionante radiografía del Veracruz de la primera mitad del siglo XVII, y especialmente del grupo de judeoconversos portugueses que desde ese puerto infiltraron las estructuras del poder económico y político del virreinato; Álvaro Alcántara examina el componente familiar del cacicazgo Franyutti en la provincia veracruzana de Acayucan durante el siglo XVIII, y Antonio Ibarra, cuyo trabajo reevalúa, a la luz de la metodología relacional, la influencia del núcleo duro del tardío Consulado de Guadalajara en el desarrollo de la economía regional del occidente mexicano. Otros estudios se dedican a figuras asociadas con las instituciones de poder económico de la capital del virreinato como el Consulado de Comerciantes, pero proyectando su alcance mediante el estudio de las redes que conformaron o reorientaron en su beneficio: de esa manera, Guillermina del Valle brinda explicaciones sobre el porqué del meteórico ascenso en los negocios de Manuel Rodríguez de Pedroso, conde de San Bartolomé de Xala; Clara Elena Suárez Argüello examina el fracaso de las redes en el sostenimiento de la rentabilidad de la casa de conductas de Pedro de Vértiz, principal transportista de caudales de la Real Hacienda de Nueva España desde 1760 hasta principios del siglo XIX, y finalmente, Óscar Cruz Barney identifica e investiga a los integrantes de las diputaciones foráneas del Consulado de México en 1807 y 1816, renovada mani-

festación provincial de una institución antigua y amenazada por el desarrollo de otros espacios económicos regionales bajo la égida de los nuevos consulados.

La forma en la que el estudio de las redes sociales es abordado por estos autores es muy variada. Se cuenta, en el caso de Pieper y Lessiak, con un estudio en donde los autores, desde una línea que podríamos llamar “dura”, acometen concisamente el objetivo específico de cuantificar y graficar la centralidad y el peso de los integrantes de las redes controlados por los asentistas centroeuropeos de azogue, a partir de los protocolos notariales sevillanos de un año puntual, el de 1620. Con el mismo rigor, Antonio Ibarra vacía en este molde metodológico los datos proporcionados por los registros fiscales, tan bien conocidos por él, del comercio de importación y exportación hacia Guadalajara efectuado por los miembros de su Consulado; en su revisión es notoria la ventaja proporcionada por una visión a largo plazo, determinada por la propia existencia institucional del tribunal mercantil. Esta aplicación “ortodoxa” de la metodología de redes tiene su contraparte en la visión crítica de Antonio García de León, cuyo ensayo sobre los criptojudíos portugueses se acompaña de una valiosa reflexión acerca de los alcances y limitaciones de este análisis. Como apunta acertadamente García de León, la posibilidad de expresar mediante valores exactos las relaciones sociales, e inclusive de determinar sus posibles patrones de desarrollo, ha sido parte siempre de los anhelos más o menos secretos de las ciencias sociales. Y si el estudio de redes, como lo admite el autor, resulta un avance importante en este sentido, lo es también que el investigador de las relaciones sociales no puede

echar de lado una serie de factores de carácter cualitativo, absolutamente imprescindibles en la calificación de la conducta de las redes, y en su éxito o fracaso en sostener a lo largo del tiempo los objetivos explícitos y tácitos de sus integrantes.

En mi opinión, los coordinadores del libro, al igual que los demás colaboradores, han tenido presente esta prudente advertencia, y sus diferentes trabajos se constituyen en llamados de atención hacia algunos de estos factores. Algunos son de orden eminentemente antropológico, como el parentesco. No es posible, tratándose del mundo hispánico, esquivar la importancia de la constitución de redes, e incluso de instituciones formales como la propia monarquía, de la sangre y el linaje, no sólo como representación simbólica de los valores máximos a los que aspiraba esta sociedad, sino también como instrumento de conservación de la fortuna y la adquisición del poder; al menos esto puede concluirse de los ensayos de Guillermina del Valle y de Álvaro Alcántara referidos a figuras tan disímbolas, y sin embargo tan cercanas en este sentido, como los poderosos condes de Xala y el clan caciquil local de Acayucan. Otro elemento a tomar en cuenta son valores de diferente significado e importancia en cada época y lugar, pero tan importantes como para cimentar culturalmente a la sociedad. Es el caso de la quiebra de la casa de transportes de Pedro de Vértiz, en el que Clara Elena Suárez ha sabido con gran perspicacia presentar los testimonios documentales de la pérdida de la *confianza* del público en su crédito, un factor psicológico que resultó tan catastrófico para la empresa como sus mismas y muy tangibles dificultades financieras a raíz de la elevación de costos y la pérdida de renta-

bilidad. En relación con todo lo anterior, el trabajo de Concepción Gavira sobre la familia Gutiérrez de Otero resulta una comprobación de la imprescindible necesidad de incorporar estos factores a los estudios relacionales. Al tener la privilegiada oportunidad de analizar la correspondencia de la casa comercial familiar, la autora percibe un aspecto íntimo y cotidiano de los negocios, basado en los valores comunes del paisanaje, la religiosidad, la sangre y el honor. Estos podían brindar a las empresas mercantiles la solidez necesaria para restituir y reorientar sus redes de contactos después de golpes tan graves como el que sufrieron los Gutiérrez con la violenta desaparición física de varios miembros de la familia y la pérdida de sus negocios en el virreinato del Perú, en el curso de la rebelión de Túpac Amaru.

Muchas otras cualidades del conjunto de los trabajos contenidos en este volumen podrían destacarse; por ejemplo, los sorprendentes resultados que pueden alcanzarse mediante la aplicación a la investigación de nuevas herramientas informáticas, capaces ahora de beneficiar a los historiadores no sólo como medios de sistematización de la información, sino también para su intercambio y aprovechamiento eficaz por grupos de trabajo con intereses comunes. Todas ellas hacen que *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español* se constituya en una referencia obligada para quienes en lo inmediato deseen acercarse a los estudios relacionales desde puntos de partida tan variados como los que aquí se han conjuntado. Para concluir, es de destacarse esta publicación como una demostración palpable de la insoslayable necesidad de la reflexión teórica acerca de los métodos

de la investigación histórica. Es decir, de una reflexión sostenida y crítica que nos permita avanzar de nuevo, pese a todas las decepciones experimentadas en la marcha hacia ese objetivo, hacia la utopía insustituible de los investigadores del pasado: una historia cada vez más cercana a lo total, y al mismo tiempo, y sin embargo, más humana.

Iván Escamilla González
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS-UNAM

Mónica Szurmuk, *Miradas cruzadas narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*, Instituto Mora, México, 2007, 165 pp.

Cuando el siglo xx dejaba transcurrir sus últimos días, *Women in Argentina, Early Travel Narratives* tomaba su forma en lengua inglesa de la mano de Mónica Szurmuk. En 2007, "*Miradas cruzadas* es la respuesta al desafío de volver al idioma original" (p. 9), como ella misma señala en la introducción de la versión en español. Y la relectura del libro también implica un nuevo reto, ya que en lengua materna compartida los matices y detalles que se bordan en el bastidor de sus ocho capítulos adquieren la elegancia de una labor a estrenar.

Un cuidado recorrido sobre los escritos de nueve viajeras nos conduce por un entramado de discursos que raramente se incluyen en los relatos patrióticos de Argentina -discursos que, en cambio, se consensúan, por un lado, en las efemérides escolares y, por otro, en la literatura de viajes. En su análisis, Szurmuk los ubica

por encima de la trama, ya que la narrativa de mujeres, con frecuencia, aparece subordinada al corpus de autoría varonil, de modo que estos relatos a menudo quedan sumidos en un orden secundario y no reciben una revisión adecuada.

El tratamiento de los escritos de estas mujeres en el libro es un *re-lect* hecho por manos diestras, ya que no sólo rescata la narrativa de viajes escrita por mujeres, sino que, además, propone un repaso a 100 años de estructuración del orden jurídico e institucional de Argentina (1830-1930), en los que la inclusión femenina en los discursos colectivos se muestra en toda su complejidad. En consonancia con lo expuesto por Francine Masiello, Mónica Szurmuk plantea la importancia de las metáforas marcadas por el género cuando se tratan las tan mentadas categorías de *civilización* y *barbarie*, que en el campo cultural de Argentina se introducen muy temprano de la mano de Domingo F. Sarmiento. Expone Szurmuk:

El ámbito de la civilización se representó con términos femeninos y étnicos, donde las mujeres blancas de clase media eran iconos de la civilización y a la vez, creadoras y guardianas de los espacios civilizados y civilizantes: los hogares, las escuelas y los hospitales (p. 14).

Además, la autora se preocupa por la construcción de la *otredad* que han hecho las escritoras estudiadas desde su comunidad de origen (familias blancas y de posición económica acomodada), cuando

¹ En bordado se denomina *al* al trabajo hecho en relieve sobre el lienzo, representando motivos de carácter realista, con hilos de colores fuertes o matizados.